

# Salvador de la Plaza: clave para la historia del socialismo en Venezuela

Por René ARIAS\*

## *1. Breves consideraciones sobre la recepción del socialismo en América Latina*

EN NUESTRA AMÉRICA, las primeras propuestas reestructuradoras de la sociedad fundadas en la solidaridad y la cooperación, es decir, sustentadas en las ideas socialistas, se remontan a comienzos del segundo tercio del siglo XIX. Dichas propuestas remiten, como afirmó Carlos Rama, a un contexto vinculado con la conformación de las nuevas sociedades salidas del proceso revolucionario independentista del siglo XIX, época en que se libró el complejo desafío de reajustar las instancias políticas, sociales, económicas y culturales.<sup>1</sup>

En ese horizonte saltan a la vista los esfuerzos intelectuales de Esteban Echeverría, contenidos en su famosa obra *El dogma socialista* (1839). Imbuido por las ideas utópicas francesas, Echeverría piensa que la reorganización social debe estar cimentada en un orden igualitario, asegurador de la libertad y la democracia. Así, de manera crítica se perfilan por un lado las inquietudes de su compatriota Domingo Faustino Sarmiento en las sugerentes líneas plasmadas en el *Fourierismo según Tandonnet* (1846) y, por el otro, las de José Ignacio Abreu e Lima y su particular obra *El socialismo* (1855); a ellas se unieron contribuciones de otras destacadas personalidades, muchas de ellas provenientes del proceso migratorio europeo —sobre todo italianas, españolas, francesas y alemanas— que introducen las concepciones ideológicas trazadas por Proudhon, Blanqui, Bakunin etcétera.<sup>2</sup>

No obstante, los criterios socialistas en su vertiente marxista, como lo sostuvo Juan Marinello,<sup>3</sup> se ventilan por vez primera con la llegada a Cuba del alemán Georg Weerth, corresponsal de Marx y miembro de

---

\* Profesor de la Escuela de Filosofía de la Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela; e-mail: <renearias@cantv.net>.

<sup>1</sup> Cf. Carlos Rama, pról., sel., notas y cron., *Utopismo socialista (1830-1893)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, tomo 26, p. x.

<sup>2</sup> Carlos M. Rama, *Historia del movimiento obrero y social latinoamericano contemporáneo*, Barcelona, LAIA, 1976, p. 30. Para el estudio de las ideas anarquistas en la región véanse Carlos Rama y Ángel Cappelletti, sel. y notas, *El anarquismo en América Latina*, Ángel Cappelletti, pról. y cron., Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990.

<sup>3</sup> Citado por Rama, en *Historia del movimiento obrero y social* [n. 2], p. 61.

la liga de los comunistas, quien permaneció en la Isla entre 1853 y 1855. Según Raúl Fonet-Betancourt, esa variante tomó impulso más tarde, al incrementarse la presencia de los trabajadores emigrantes europeos ya avanzada la segunda mitad del siglo XIX, constituyéndose los círculos obreros en los primordiales espacios donde señorearon esos ideales en América Latina.

Las primeras décadas del siglo XX están marcadas por la Revolución Mexicana (1910), la Primera Guerra Mundial (1914-1917), la Revolución Bolchevique (1917) y la Reforma de Córdoba (1918). La doctrina marxista repotenciada con la estrategia leninista del partido y su componente antiimperialista, fue recibida como orientación política con gran simpatía por significativo números de trabajadores y jóvenes latinoamericanos.<sup>4</sup>

Para ese periodo se consolida la clase obrera en número y en organización; en movilizaciones y huelgas generales e insurreccionales. Indiscutiblemente más en unos países que en otros. Esas experiencias catapultan dichas organizaciones y, como efecto, la difusión del llamado socialismo científico, en tanto corriente política e ideológica orientada a organizar a los trabajadores para su emancipación y desalienación.

De ese ambiente dimanan los primeros partidos comunistas de la región: Argentina (1918), México (1919), Uruguay (1920), Chile (1920), Cuba (1925) y Perú (1929),<sup>5</sup> así como también, la formación de las diferentes iniciativas de organización antiimperialista como las surgidas en Venezuela, tanto en su interior como las promovidas por el exilio político de esa época, encabezadas por José Pío Tamayo, Gustavo Machado, Eduardo Machado, Rodolfo Quintero, Miguel Otero Silva y Salvador de la Plaza entre otros, y que sirvieron de preámbulo a la creación del Partido Comunista de Venezuela, fundado el 5 de marzo de 1931.<sup>6</sup>

<sup>4</sup> Cf. Raúl Fonet-Betancourt, *Transformación del marxismo: historia del marxismo en América Latina*, México, Plaza y Valdés, 2001, p. 12.

<sup>5</sup> Cf. Pablo González Casanova, *Imperialismo y liberación en América Latina*, México, Siglo XXI, 1978, p. 110. Esa corriente organizativa de carácter internacional respondió a las directrices emanadas del Comintern o Tercera Internacional fundada en 1919 en Moscú, tras el triunfo de la Revolución Rusa, siendo Lenin y Trotsky sus figuras principales, la cual tuvo como objetivo estratégico la revolución mundial. Con la muerte de Lenin en 1924, su nueva fase obedeció a los criterios de Stalin y a los intereses de la política exterior soviética, fase denominada por muchos críticos de petrificación del marxismo. Las fuertes contradicciones en su seno provocaron que en 1943 se disolviera. Para ampliar este tema consúltese a Manuel Caballero, *La internacional comunista y la revolución latinoamericana 1919-1945*, Caracas, Nueva Sociedad, 1987.

<sup>6</sup> Cf. Key Sánchez, “Pío Tamayo y el horizonte de la doctrina revolucionaria”, en Mery Sananes y Agustín Blanco Muñoz, recopilación y notas, *Pío Tamayo un combate por la vida*, Caracas, UCV, 1984, p. 154.

En ese breve recorrido que hemos intentado ofrecer podríamos anexar innumerables referencias más del marxismo, sin embargo, una autoridad que no debemos eludir es la representada por el peruano José Carlos Mariátegui con sus polémicas y contextualizadoras obras de madurez intelectual: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928) y *En defensa del marxismo* (1928). Se afirma que él ha sido el pensador marxista más original que ha dado América Latina.<sup>7</sup> Y no es para menos, pues en el *Amauta* se nota el afán por reelaborar un pensamiento propio, nacido de las especificidades de Perú, cultivado en las fuentes del comunismo incaico, lo que lo llevó a una particular manera de interpretar o asumir esa matriz teórica enriqueciéndola con su crítica latinoamericanista. Por ello Mariátegui afirmó, “no queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano”.<sup>8</sup> Empero, esa alerta manifestada por el marxista peruano tuvo muy poco eco en los círculos marxistas latinoamericanos; por el contrario, se le condenó y tachó con toda clase de epítetos desde los comités centrales de los partidos comunistas que muy alejados de la recreación y contextualización de las tesis de Marx lo que hicieron fue imprimirles un elevado grado de simplificación, dogmatismo y extrapolación ideologizante que abarcó las décadas de los cuarenta y cincuenta y fue expresión de su inautenticidad y limitado carácter creativo.<sup>9</sup> Con lo cual el esquema categorial de análisis de la economía política y la historia de su tiempo se torna inflexible para explicarse las leyes que rigen la dinámica social e incapaz de leer profundamente las complejidades del contexto latinoamericano.

## 2. La inquietud socialista en Venezuela

**EN** la nación venezolana esa matriz política tiene como función la ruptura con todo orden jerarquizador y la materialización del contenido sustantivo de la democracia, fundado en la justicia y de cara a la vida buena, en otros términos, de consecución de la felicidad humana. Re-

<sup>7</sup> Fornet-Betancourt, *Transformación del marxismo* [n. 4]. Véase en especial el capítulo “Etapa del intento de naturalizar el marxismo en América Latina o la significación de la obra de José Carlos Mariátegui (1928- 1930)”.

<sup>8</sup> José Carlos Mariátegui, “Aniversario y balance” (1928), en Claudia Korol, comp., *El socialismo latinoamericano: un recorrido hasta nuestros tiempos*, Buenos Aires, Madres de Plaza de Mayo, 2006, p. 17.

<sup>9</sup> Véase Pablo Guadarrama, *Humanismo, marxismo y postmodernidad*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1998, p. 58.

nombradas referencias intelectuales tuvieron su acercamiento al mismo, queremos indicar, a las doctrinas socialistas de su contexto. Nos referimos, por una parte, a Fermín Toro (1807-1865)<sup>10</sup> en sus *Reflexiones sobre la ley del 10 de abril de 1834* (1845), y por la otra, a Rafael María Baralt (1810-1860).<sup>11</sup> Ambos conocieron las ideas de Proudhon, de las cuales se hicieron partidarios en algunos de sus discursos.

El despliegue de esa dimensión utópica quedó ilustrado por Ángel Cappelletti al afirmar que en 1847 Guillermo Iribarren, inspirado quizás en las ideas de Louis Blanc, propuso una suerte de socialismo reformista. En los escritos pedagógicos de Simón Rodríguez (1769-1854) aparecen reflejadas las ideas de Fourier. El francés Pierre Cerreu, quien llegó a Venezuela al fracasar la Revolución de 1848 en Francia, publicó *El credo igualitario* (La Victoria, estado Aragua), periódico inspirado en el comunismo de Babeuf. También resonaron profundamente las ideas de Babeuf y de Blanqui en Ezequiel Zamora (1817-1860), quien en su línea proudhoniana sentenció: “la tierra no es de nadie; es de todos en uso y costumbre”.<sup>12</sup>

El historiador Germán Carrera Damas nos corroboró la existencia de las ideas socialistas en la segunda mitad del siglo XIX en Venezuela al afirmar que

el 18 de septiembre de 1852 *El Correo de Caracas* publicó el siguiente aviso de librería: “Análisis del socialismo y exposición clara y metódica e impar-

---

<sup>10</sup> En ese trabajo el autor trata de alejarse del pensamiento conservador y de las concepciones liberales extremas; véase José Luis Romero, pról., en Fermín Toro, *Pensamiento conservador 1815-1898*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1986, pp. 17-28. Por su parte, Augusto Mijares considera que Fermín Toro ha sido injustamente catalogado como un intelectual conservador. Y, sobre todo, dentro del peculiar criterio que considera a los conservadores venezolanos como seres retrógradas, egoístas y empecinados. En su opinión él representa un doctrinario del socialismo utópico, lo cual constituye, para su época, lo más avanzado del pensamiento político mundial. La ideología de Fermín Toro corresponde precisamente a aquel momento de feliz y sincero equilibrio en que el liberalismo político se abría valientemente hacia el socialismo; al momento en que la doctrina de la *armonía social* parecía dispuesta a identificarse con la doctrina de la “igualdad necesaria” que en realidad habría nacido de su seno, cf. Augusto Mijares, “Ideología de un oligarca”, en *id.*, *Lo afirmativo venezolano, Obras completas*, Caracas, Monte Ávila, 1998, tomo IV.

<sup>11</sup> Cf. Rafael M. Baralt, *Escritos políticos*, en *id.*, *Obras completas*, Maracaibo, Universidad del Zulia, 1968, tomo VI, pp. 218, 219 y 302.

<sup>12</sup> Cf. Cappelletti, pról. y cron., en Rama y Cappelletti, *El anarquismo en América Latina* [n. 2]. Para ampliar estos temas recomendamos Simón Rodríguez, *Obras completas*, Caracas, Universidad Simón Rodríguez, 1978, 2 vols.; y la obra de Federico Brito Figueroa, *Tiempo de Ezequiel Zamora*, Caracas, UCV, 1981.

cial de los principales socialistas antiguos y modernos y con especialidad de Saint Simon, Fourier, Owen, P. Leroux y Proudhon.<sup>13</sup>

De toda esa manifestación aquí señalada se desprende que, a pesar de que la historia venezolana tradicional nos presenta el debate de las ideas políticas para esa época reducido a las concepciones doctrinarias de conservadores y liberales, podemos sostener que también el ideario socialista formó parte de esas disputas práctico-teóricas dirigidas al reordenamiento del país. Evidentemente, no podemos comparar el nivel de promoción, aceptación y desarrollo de la visión socialista en el país con el de naciones como Argentina, Chile, Uruguay, Brasil y México.

En los albores del siglo xx, con los emigrados europeos que huían de las penurias de sus tierras, y con los trabajadores petroleros<sup>14</sup> norteamericanos, llegaron las ideas anarquistas y marxistas que alcanzaron cierta proyección política, aunque sin lograr arraigarse con madurez en organizaciones obreras y juveniles.

A finales de los años veinte, sobre todo con la llamada Generación del 28 y las diversas protestas contra Juan Vicente Gómez, las ideas políticas contemporáneas se abren paso en Venezuela y, en el caso del socialismo científico, comienza a orientarse su aplicación bajo métodos y estrategias clásicas que ameritan esa concepción política.

### 3. *Semblanza de Salvador de la Plaza*

**EN** las postrimerías del siglo xix, en un país netamente agropecuario y caracterizado por las pugnas caudillistas, el 1º de enero de 1886 nace en Caracas Salvador de la Plaza, hijo de una pudiente familia capitalina. Posteriormente él se convertiría en uno de los iniciadores de la interpretación materialista de la historia en Venezuela y, en consecuencia, en agudo crítico del paradigma positivista que predominó en el país durante la primera mitad del siglo xx.

Siendo estudiante de medicina en la Universidad Central de Venezuela, en 1912 se incorpora a las protestas contra el régimen dictatorial

---

<sup>13</sup> Germán Carrera Damas, "Para la historia de los orígenes del socialismo en Venezuela", *Cultura Universitaria* (Caracas, UCV), núms. LXX-LXXI (enero-junio de 1960), p. 55.

<sup>14</sup> Al respecto Key F. Sánchez consideró que para esa época en Venezuela no había militantes comunistas en el sentido estricto de la expresión. Existían simpatizantes comunistas que desconocían las tácticas y los métodos de ese tipo de organización. Más adelante señaló que en Venezuela existieron dos sectores principales: los grupos de Caracas y los grupos de Maracaibo, estos últimos formados en los campos petroleros por marinos y obreros comunistas americanos que llegaron a trabajar en esas compañías; véase Sánchez, "Pío Tamayo y el horizonte de la doctrina revolucionaria" [n. 6].

de Juan Vicente Gómez. En 1914 forma parte del Comité Central de la Asociación General de Estudiantes, responsabilidad que lo obliga a asumir la vida clandestina.

Para 1917 se matricula en la Escuela de Derecho, y al mismo tiempo desarrolla un conjunto de iniciativas tendentes a la reorganización del movimiento estudiantil. Dos años después participa en la fracasada conspiración cívico-militar dirigida por el capitán Luis Rafael Pimentel, y en mayo de ese año es detenido y encarcelado. En abril de 1921 se le conmutó la prisión por el exilio y fue expulsado a Francia, donde en 1924 se gradúa de abogado con definida orientación marxista.

Ese año viaja a Cuba y establece estrechas relaciones con Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena, ambos fundadores del Partido Comunista Cubano y férreos opositores al régimen del presidente Gerardo Machado; también participa en el funcionamiento de la Universidad Popular José Martí. Por razones de carácter político se ve obligado a abandonar ese país.

Para 1926, junto a Carlos León y los hermanos Gustavo y Eduardo Machado, funda en México el Partido Revolucionario Venezolano (PRV), asumiendo la dirección de la *Revista Libertad*, órgano del partido. Así también dirige la revista *El Libertador*, vocero de la Liga Antiimperialista de las Américas, dos años más tarde es forzado a irse de México y se dirige primero a Panamá y luego a Colombia.

Al morir Gómez, en 1935, regresa a Venezuela y un año más tarde participa activamente en la organización de la famosa huelga petrolera que paralizó esa industria, igualmente en la creación de las ligas campesinas así como en la fundación de los primeros sindicatos de Venezuela.

En 1937 es expulsado del país por el presidente Eleazar López Contreras y se dirige nuevamente a México. Allí desplegó una intensa actividad política y cultural, fundando la Editorial Fondo de Cultura Popular que publicó varios libros clásicos del marxismo.

Seis años después, durante el gobierno de Isaías Medina Angarita, regresa De la Plaza a Venezuela, y colabora en la elaboración de la Ley de Reforma Agraria. Al iniciar la dictadura de Pérez Jiménez sufre varias detenciones hasta que en 1954, al ser expulsado del país, decide radicar en Francia; a raíz del derrocamiento del gobierno de *facto* regresa a Venezuela en 1958.

Al instaurarse de manera definitiva la democracia representativa en Venezuela, Salvador de la Plaza participa como colaborador de la Comisión de la Reforma Agraria en 1963, regentando más tarde el cargo de docente en la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales y en la

Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela, también destacó como colaborador de varios periódicos y revistas nacionales y extranjeras. La muerte lo sorprendió el 29 de julio de 1970, convencido de no haber flaqueado nunca y de que ofrendó su vida a los mejores proyectos para la humanidad.

#### 4. Soberanía y liberación

**L**AS reflexiones que sobre el proceso histórico contemporáneo venezolano podamos manifestar quedarían considerablemente limitadas si obviáramos el legado teórico e ideológico dejado por Salvador de la Plaza y por otros tantos personajes y luchadores venezolanos durante las primeras décadas del siglo xx. Sustentamos esta afirmación puesto que aun cuando no podemos cambiar la historia, como afirmaría Marc Bloch, sí es posible que con la reconstrucción o ejercicio hermenéutico que hagamos de ella, logremos ampliar su conocimiento y perfeccionar su dimensión comprensiva a partir de ideas políticas, sociológicas, filosóficas, literarias, antropológicas etc., ofrecidas por un conjunto de mujeres y hombres condenados al ostracismo, a la inexistencia, por el conocimiento fragmentado y tradicional de esa disciplina. Este propósito cobra mayor sentido al saber que sus acciones y reflexiones políticas repercutieron de manera sustantiva en amplios sectores sociales de ese periodo histórico<sup>15</sup> y que hoy se renuevan en el proyecto de la República Bolivariana de Venezuela.

En esa dirección compartimos las reflexiones ofrecidas por Arturo Sosa, cuando establece que Salvador de la Plaza representa “la formulación de una visión alternativa de la Venezuela de los comienzos del siglo xx, además de la propuesta de un modelo de sociedad como objetivo de acción política de la corriente socialista y también una posición crítica en relación al sistema democrático populista venezolano”.<sup>16</sup> En tales supuestos teóricos fundamentó toda su praxis política, donde categorías como lucha de clases, fuerzas productivas, relaciones de producción, emancipación proletaria, entre otras, constituyen sus principales instrumentos de análisis del origen de la dominación y de la realidad venezolanas para proponer su superación.

<sup>15</sup> En Venezuela la historia de las ideas contemporáneas, y en especial las políticas, constituye un área que en la actualidad demanda el concurso de equipos interdisciplinarios orientados a profundizar la reflexión con mayor rigurosidad metodológica en función de contribuir a su reconstrucción y repotenciación, de allí esta iniciativa que hemos encaminado un grupo de profesores de la Universidad del Zulia.

<sup>16</sup> Arturo Sosa, “Prólogo”, en Irene Rodríguez Gallad, *El archivo de Salvador de la Plaza*, Caracas, Centauro, 1992, 2 tomos, p. 8.

Por ello, el interés intelectual y político de Salvador de la Plaza, junto al de otros militantes que lo acompañan en esos retos históricos,<sup>17</sup> constituye un aporte significativo y novedoso en el sentido de fomentar una discusión sobre la naturaleza política de los movimientos antigomecistas, destinada a trascender la limitada percepción de la realidad venezolana y a encontrar claridad sobre el modelo de sociedad al que se aspira; en los objetivos estratégicos la táctica para lograrlos se plantea el nuevo ordenamiento de esa sociedad, en la que la lucha de clases late como ingrediente fundamental para la emancipación, tanto de los venezolanos como de los latinoamericanos en general.

Eso nos permite sostener que no solamente el lenguaje va a ser novedoso para aquel contexto, sino también la metodología a emplear para intentar aproximarse a la aprehensión del devenir histórico de la sociedad venezolana y a su perspectiva en el marco de un país semifeudal, anquilosado en una estructura económica totalmente dependiente, que a criterio de ese autor ha determinado la situación en la cual se ha vivido.

En esa perspectiva Salvador de la Plaza, junto a Gustavo Machado y otros destacados activistas venezolanos, trató de desmitificar el enfoque sesgado que coloca a los latinoamericanos como seres incapaces de ser auténticamente creativos, soberanos y autónomos,<sup>18</sup> formulando un proyecto en el cual el internacionalismo militante representó uno de sus andamiajes esenciales. De allí que se observe el desdén a conductas nacionalistas reflejadas en el exilio por muchos representantes de la oposición gomecista. Por ello mantendrá como condición *sine qua non* la necesidad de una densa formación política e ideológica para los militantes,<sup>19</sup> en aras de un proyecto que lejos de ser prag-

---

<sup>17</sup> Salvador de la Plaza, *El comienzo del debate socialista*, Caracas, Congreso de la República, 1983, tomo 12, pp. 35-61.

<sup>18</sup> Diego Bautista Urbaneja afirma que el periodo que va desde 1899 hasta 1958 representa una etapa en que la vida política y económica venezolana sufre algunas transformaciones de gran profundidad. Venezuela pasa de país agroexportador y rural a petrolero y urbano, en cierto modo “moderno”; al tiempo que se fortalecen las fuerzas armadas aparecen los partidos políticos modernos y las principales organizaciones sindicales, campesinas y empresariales. Asimismo es necesario destacar que Juan Vicente Gómez, contó en su gabinete con la presencia de gran parte de los más connotados intelectuales del país: José Gil Fortoul, Laureano Vallenilla Lanz, Pedro Manuel Arcaya, César Zumeta etc., quienes estudiaron la historia y la política desde la perspectiva del positivismo, explicando esos fenómenos y “nuestro atraso” a partir de la raza, el clima, la geografía; véase Diego Bautista Urbaneja, *Temas de sociopolítica: la política venezolana desde 1899 hasta 1958*, 2ª ed., Caracas, Centro Gumilla/UCAB, 2003 (*Cuadernos de temas de formación sociopolítica*, núm. 39), pp. 3-4, 25 y 27.

<sup>19</sup> Salvador de la Plaza, “Carta a Carlos León” (1925), en Rodríguez Gallad, *Archivo* [n. 16], tomo 1, pp. 111 y 228.



mático se encamine al ámbito programático. Quiere decir que este autor piensa a Venezuela desde un horizonte a largo plazo con la mirada fija en el mundo de las generaciones futuras.

Es así como en 1926, con Gustavo Machado y otros destacados dirigentes en el exilio, expone al mundo y al país los lineamientos generales sustentadores del Programa de Gobierno del Partido Revolucionario de Venezuela.<sup>20</sup> En dichos lineamientos destacan, entre otros aspectos: la emancipación del campesino y obrero de todo dominio latifundista-capitalista; la reivindicación de la igualdad de la mujer respecto al hombre; la redistribución de las tierras ociosas y baldías para quienes carecen de propiedad; el trato digno e igualitario a los sectores indígenas, así como la creación de condiciones para que toda la población disfrute de las ventajas obtenidas por la civilización, evitando cualquier signo de explotación y desarrollando al mismo tiempo la educación técnica, científica y humanista. Esto implicaba aceptar el uso del capital extranjero siempre y cuando no se convirtiera en una amenaza para la soberanía venezolana;<sup>21</sup> consideraron, además, que los únicos indicados para provocar la ruptura con el orden político y social venezolano, es decir, hacer la revolución, estaban representados por los amplios sectores populares venezolanos, que no debían sustituirse bajo ningún pretexto. En aquel momento se quería cambiar al Estado opresor neocolonial por uno genuinamente democrático, como tránsito a la sociedad sin clases.

Aun cuando literalmente no se plantea la expropiación de la propiedad privada de los medios de producción, esa propuesta significa un corte con el paradigma de comportamientos y pensamientos de los caudillos tradicionales, quienes concebían la revolución como el simple cambio de hombres en el poder, sustitución que se traducía en el usufructo extraordinario e ilimitado de las riquezas nacionales, además del goce de poderes plenipotenciarios.

Tenemos entonces que para Salvador de la Plaza y para quienes le acompañaron en ese desafío, el significado de la revolución tiene una connotación abismalmente diferente a la proclamada por esos factores. La revolución no es el simple cambio de presidentes producto de una asonada o golpe militar. Es, sentenció, la concreción de un proyecto que contempla la ruptura creativa con ese pasado ignominioso, orien-

---

<sup>20</sup> Sus integrantes fueron Félix Terán, Bartolomé Ferrer, Eduardo y Gustavo Machado, Carlos Aponte, J. A. Silva Marquez, Humberto Tejera, Mario Terán, R. Bartolomé, Antenor Salas, Diego Rivera (México), José Preve y Julio Antonio Mella (Cuba).

<sup>21</sup> Cf. Salvador de la Plaza *et al.*, "Principios básicos de la revolución venezolana" (1926), en De la Plaza, *El comienzo del debate socialista* [n. 17], pp. 91-94.

tado en la dirección de un ordenamiento soberanamente democrático y participativo; es un proceso colectivo capaz de transformar la estructura económica de manera progresiva, poseedor además de un alto contenido ético.

Esas reflexiones lo llevan a preocuparse al mismo tiempo por asignarle al programa un cambio de dimensión americanista, considerando “que no es utópica la concepción bolivariana de una América grande”<sup>22</sup> en la que deben hacerse enormes esfuerzos por la integración de esos países para tratar en condiciones de igualdad a Estados Unidos de Norteamérica. En esta preocupación histórica de los latinoamericanos es importante subrayar que aun cuando los exponentes de la corriente socialista beben de las fuentes de Marx y Lenin, muchos de ellos reconocen y destacan el legado teórico de Bolívar, Martí, Rodó, Darío y Henríquez Ureña en esa dirección, como es el caso particular de Salvador de la Plaza. En la presente coyuntura, la iniciativa integradora latinoamericana de signo liberador permea la política exterior del gobierno venezolano, política acogida, además, por muchos sectores populares latinoamericanos y estigmatizada por el Departamento de Estado norteamericano.

Más adelante, y a raíz de los análisis compartidos con representantes del comunismo internacional, De la Plaza radicalizará el discurso en el sentido de arreciar la confrontación contra la política hegemónica e intervencionista de Estados Unidos por una parte, y por la otra, privilegiará el papel protagónico de los trabajadores por encima de otros grupos y sectores sociales, afirmando que esa clase, por el papel asignado en el proceso productivo, es la llamada a ser la vanguardia del proceso revolucionario. Por ello sostuvo:

Nuestro pueblo, fortalecida la confianza en sí mismo, concentradas todas sus energías, está en capacidad de vivir su propia historia democrática porque cuenta con los medios materiales, con el acervo de tradiciones gloriosas de la lucha por la libertad; porque cuenta hoy con una vanguardia crecida de su propio seno, la clase obrera, que como la clase social homogénea, sin contradicciones internas, históricamente determinada para dirigirlo, en alianza con el campesinado instaurará la democracia en nuestro país.<sup>23</sup>

---

<sup>22</sup> Salvador de la Plaza, *Traidores a la patria* (1938), en Rodríguez Gallad, *Archivo* [n. 16], tomo 2, p. 111.

<sup>23</sup> Salvador de la Plaza, “Pueblo de Venezuela: obreros y campesinos venezolanos” (1947), en Mailer Matties, ed. y notas, *Petróleo y soberanía*, Mérida, Universidad de Los Andes, 1996, tomo 1, p. 80.

Sentado en esa matriz teórica del marxismo, De la Plaza consideró que las sociedades progresan inexorablemente hacia etapas cada vez más superadas, progreso que obedece a contradicciones generadas en el seno de la estructura económica.<sup>24</sup> Con ello quiere expresar que el despliegue dialéctico de la humanidad se explica a partir de las contradicciones de clase, provocadas por la naturaleza del aparato productivo, vale decir, lucha realizada entre los detentadores del poder y sus aliados extranjeros, y los explotados, miserables peones y trabajadores que, en el caso latinoamericano, sólo poseen su fuerza de trabajo para venderla a cambio de exiguos salarios.

La dialéctica de esas relaciones, en la cual la dimensión material desempeña una función preponderante, ha marcado el desarrollo histórico de la humanidad y ha hecho posible la marcha hacia horizontes totalmente superiores, hasta el logro definitivo de la emancipación de la especie, según se desprende de su modelo analítico. Dicha percepción se refirma al señalar:

La lucha de clases ha sido y es una realidad de carácter universal que fundamenta la concepción materialista de la historia, lucha que los marxistas convencidos se dedican a impulsar con todas sus fuerzas, a objeto de alcanzar en el plano nacional de cada país y consecuentemente en escala mundial, la derrota de las clases explotadoras y la conquista del poder por las clases explotadas, para instaurar una sociedad ajena a toda explotación, donde el hombre desarrolle cada vez más su capacidad creadora para bienestar colectivo e individual.<sup>25</sup>

Como fiel creyente de esa lógica social, en su inquietud por explicarnos el proceso histórico venezolano desde su paradigma conceptual De la Plaza llega a considerar y a denunciar que con “la instalación de Gómez en el poder, los ministros de Estados Unidos dirigen la política venezolana en beneficio de los *trust* extranjeros”,<sup>26</sup> política que condenó abiertamente por lo que la reiteración del rescate de la soberanía, en tanto derecho de toda nación a pensar, aplicar, enmendar e interpretar sus leyes de manera autónoma, es una demanda histórica que late permanentemente en su obra.

---

<sup>24</sup> Salvador de la Plaza, “Entrevista que no se publicó en la gran prensa” (1966), en Rodríguez Gallad, *Archivo* [n. 16], tomo 2, p. 246.

<sup>25</sup> Salvador de la Plaza y Jacques Duclos, “Apuntes para el estudio del revisionismo del marxismo en Venezuela” (1973), en *Antecedente del revisionismo en Venezuela*, Caracas, Fondo Editorial Salvador de la Plaza, 1967, p. 145.

<sup>26</sup> Salvador de la Plaza, “El pacto de Gómez con Wall Stret” (1926), en *Petróleo y soberanía* [n. 23], p. 30.

Con esa afirmación Salvador de la Plaza quiso destacar que desde los comienzos de las exploraciones petroleras de manera organizada en Venezuela, en 1912 aproximadamente, los representantes de las empresas transnacionales (inglesas y norteamericanas) diseñaron, elaboraron y ejecutaron, sin obstáculo alguno, las leyes de hidrocarburos, leyes que en absoluto favorecieron a la nación y en particular a sus trabajadores. Por mucho tiempo el representante de esas empresas se convirtió al mismo tiempo en juez y parte<sup>27</sup> de la política petrolera venezolana, incluso más allá de la llamada nacionalización del petróleo realizada por el presidente Carlos Andrés Pérez en 1975. En la actualidad, el rescate de la industria petrolera representa un objetivo estratégico por parte del gobierno encabezado por el presidente Hugo Chávez.

Esa relación de dependencia y mediatización del capital extranjero con Venezuela, sostuvo el teórico marxista, profundizó el subdesarrollo,<sup>28</sup> es decir, el atraso económico y social convirtiendo a nuestros países en meros mercados para la colocación de excedentes de los países industrializados, obligándonos en consecuencia a proveerlos de materia prima a bajo costo. En la primera mitad del siglo xx ése es el contexto sobre el cual Salvador de la Plaza destacó que sólo la liberación y la unidad de los países de América Latina podrían romper con esa política inicua y avanzar por senderos garantizadores de la convivencia entre los seres humanos, que en definitiva apuntarán hacia el bien común. Criterios que permiten demostrar en Salvador de la Plaza su profunda creencia en el progresivo perfeccionamiento de la naturaleza humana.

Para Salvador de la Plaza la conducta antiimperialista es un principio al cual no debe renunciarse jamás, sobre todo en el ámbito latinoamericano, heredero de una rica historia de emancipación que se remonta a los tiempos coloniales y que cobra vigencia de manera permanente en estos espacios.

En ese sentido dos temas sobre los cuales se detuvo de manera especial fueron el petróleo y la política agropecuaria. Sobre el primero insistentemente ratificó la necesidad de que Venezuela rescatara los recursos del subsuelo (y de todo su territorio) para explotarlo racionalmente, refinarlo y distribuirlo directamente,<sup>29</sup> sin tutelaje extranjero alguno, en aras de beneficiar a la población y a las generaciones futuras y, asimismo, coadyuvar al desarrollo de las industrias básicas, como la

---

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 44.

<sup>28</sup> De la Plaza, "Carta a Rodríguez Gignas" (1965), en Rodríguez Gallad, *Archivo* [n. 16], p. 229.

<sup>29</sup> De la Plaza, *Petróleo y soberanía* [n. 23], p. 80.

siderurgia, la petroquímica, la refinería petrolera, la del aluminio, el gas natural etcétera.

La otra línea crítica desarrollada fue su visión respecto a la Reforma Agraria, política que debió implicar la entrega de tierras y organización de los campesinos en centros agrarios con sistemas de crédito agrícola, de mercado,<sup>30</sup> todo encaminado a romper con el latifundio, para crear de esta manera nuevas formas de propiedad y relaciones de producción e impedir así la importación de productos agrícolas, episodio que daría acceso a una etapa en la que el desarrollo industrial potenciaría el advenimiento del socialismo. Todo ello evidencia la profunda creencia y convicción de nuestro autor en lograr un modelo de país caracterizado por su soberanía tecnológica y alimentaria, condiciones loables que contribuirían a garantizar a los venezolanos vida auténtica.

Hoy esas propuestas y reflexiones, demandas históricas de la población venezolana, se remozan, proyectan y complementan en el andamiaje teórico-jurídico de la *Constitución de la República Bolivariana de Venezuela* (1999), la cual tiene como finalidad elevar los niveles de plenitud y felicidad de toda la nación, es decir,

refundar la República para establecer una sociedad democrática, participativa y protagónica, multiétnica y pluricultural en un Estado de justicia, federal y descentralizado, que consolide los valores de libertad, la independencia, la paz y la solidaridad, el bien común, la integridad territorial, la convivencia y el imperio de la ley para ésta y las futuras generaciones; asegure el derecho a la vida, al trabajo, a la cultura, a la educación, a la justicia social y a la cooperación pacífica entre las naciones e impulse y consolide la integración latinoamericana de acuerdo con el principio de no intervención y la autodeterminación de los pueblos, la garantía universal e indivisible de los derechos humanos, la democratización de la sociedad internacional, el desarme nuclear, el equilibrio ecológico y los bienes jurídicos ambientales, como patrimonio común e irrenunciable de la humanidad.<sup>31</sup>

En ese sentido, consideramos necesario reconocer que uno de los méritos fundamentales de Salvador de la Plaza consiste en haber formado parte del equipo iniciador —continuador— de la recepción del marxismo en Venezuela de manera activa, dicho de otra manera, que acuñó las categorías de análisis del materialismo histórico y dialéctico en correspondencia directa con su praxis política. En él se evidencia el decidido convencimiento de que a partir de ese enfoque podía supe-

<sup>30</sup> Sosa, “Prólogo”, en Rodríguez Gallad, *Archivos* [n. 16], tomo 1, p. 22.

<sup>31</sup> Cf. “Preámbulo”, *Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, Gaceta Oficial* (Caracas), núm. 36860 (30 de diciembre de 1999).

rarse el modelo neocolonial y lograr la verdadera emancipación de América Latina y en especial de Venezuela. Esa liberación contemplaba, entre otros objetivos, la redistribución de las riquezas de manera equitativa como medida dirigida a garantizar condiciones objetivas para elevar los niveles de conciencia en la población.

Esas ideas, sin embargo, aun cuando tuvieron significativos seguidores en las décadas de los cincuenta y sesenta, tal vez por su nivel tan abstracto y la escasa imaginación presente en sus dirigentes, no prendieron de manera efectiva y determinante en los amplios sectores populares como lo esperaban, al intentar aplicarlo a la realidad concreta venezolana.

Para explicarnos mejor, queremos subrayar que en Salvador de la Plaza se refleja en cierta parte la explicación dogmática economicista y la tendencia obrerista. Eso significó que la percepción del desarrollo de la historia de la humanidad fuese argumentada privilegiando fundamentalmente la infraestructura económica de la sociedad, así como también que el sector obrero fuese ubicado en la vanguardia del proceso de transformaciones radicales, en tanto sujeto protagónico, sobre el cual gravitan en menor importancia otros agentes sociales de cambio, como los campesinos, intelectuales, mujeres, indígenas, en fin, trabajadores y desocupados en general.

Percepciones ortodoxas que a la luz del siglo **xxi** demandan su superación, pues no olvidemos que los intentos de cambios estructurales en América Latina fracasaron, entre otras razones, por la poca capacidad crítica que los caracterizó en el análisis objetivo de la realidad concreta. En otras palabras, los movimientos izquierdistas intentaron extrapolar acríticamente el andamiaje teórico marxista de Europa a América Latina, sin tomar en cuenta las especificidades históricas y ancestrales manifiestas en los diversos rincones de estas latitudes; de allí el fracaso de tales proyectos, aun cuando reflexionaron prioritariamente sobre las necesidades nacionales y latinoamericanas.

El desafío es complejo y enriquecedor a la vez, ya que significa superar e innovar las viejas fórmulas dogmáticas, deterministas y simplificadoras que hablaron en nombre de Marx. Es exigencia teórico-práctico-metodológica (epistemológica), potenciadora del despliegue de la dimensión creativa, para tratar de llenar las lagunas y deficiencias conceptuales de las teorías del cambio social, con contenidos guiados en la perspectiva antropológica y compleja de la realidad; en otros términos, queremos señalar que debemos aprehender al ser humano como parte integrante de la naturaleza, nunca separado de ella y que esa interpretación tenga como eje central el sentido de la vida.